

LA NOVELA FILM

N.º 32

30 cts.



SU SEÑOR Y DUEÑO

LA NOVELA FILM

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjaun Vila
Urgel, 7.- BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción / Lauria, n.º 96
Administración / BARCELONA

AÑO I

N.º 32

SU SEÑOR □ Y DUEÑO □

Comedia cinematográfica
de Martha Morton

CREACIÓN DE
ALICE JOYCE

Selección ORIM

Concesionaria para Cataluña, Aragón y Baleares
CINEMATOGRAFICA MIRÓ

Plaza Letamendi, 10
BARCELONA



LA NOVELA FILM

Redacción y Administración: BARCELONA

N.º 22

Año I

SEÑOR
Y DUEÑO

Prohibida la
reproducción

Copyright reserved
by M. J. J. J. J.

CREACIÓN DE
ALICE JOYCE

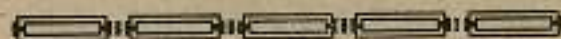
Redacción ORIM

Cooperación para España, Aragón y Cataluña

CINEMATOGRAFICA MIRO

Copyright reserved
by M. J. J. J. J.

HELEA LEBRON, 27
BARCELONA



SU SEÑOR Y DUEÑO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Comienza nuestro relato en la magnífica posesión comprada en los Estados Unidos, por la familia Stillwater, para los ocios otoñales y lustrada con el apellido de sus adquirentes: *Stillwater*.

Conozcamos a las personas que a la sazón eran huéspedes de esa familia:

Federico Stillwater, un millonario del Oeste que no se avergonzaba de su origen humilde ni se enorgullecía de su prosperidad, un dueño de casa encantador y un devoto de la diplomacia doméstica.

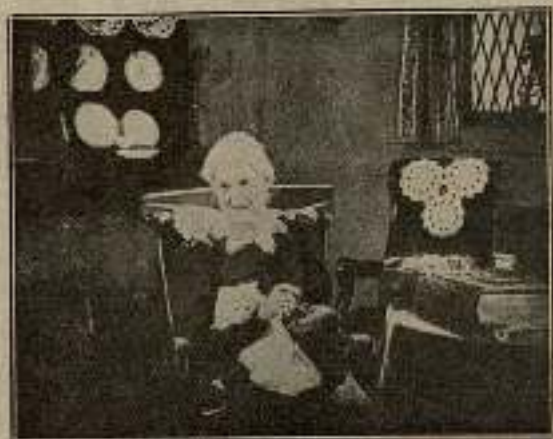
Su esposa, de nombre Isabel, conocida entre sus amigos con el cariñoso diminutivo de "Beñita".

Indiana, su hija, en quien los suyos adoraban

a ciegas, razón por la cual era libérrima y autoritaria.

Carlota Bunker, abuela de la mal criada.

Cuando hablamos de abuelas, nuestra imaginación suele dar forma a un cuadro de plácidez en el que aparece una bondadosa y sonriente anciana haciendo calceta y con un niño sobre su regazo.



Cuando hablamos de abuelas, nuestra imaginación suele dar forma...

Pero la abuela de Indiana era figura central, y muy movida por cierto, de un cuadro bastante distinto: a los sesenta años, o poco menos, era más coqueta que su nieta, de veinte, y era

amante de la aventura. ¡Nada, una anciana de pronóstico!

Pero prosigamos la presentación.

Lord Stafford, huésped de los Stillwater. Un miembro de la aristocracia británica que aun no se había repuesto de su sorpresa por las inequívocas señales de civilización que halló en los Estados Unidos.

El vizconde Rodolfo Canning, sobrino de Lord Stafford y un afamado explorador de las regiones polares.

Y, finalmente, Gervasio Masters, que conoció y empezó a adorar a Indiana cuando ambos eran niños.

El señor Stillwater y Lord Stafford jugaban al billar.

La señora Stillwater hizo y sirvióles ella misma el té, y a poco irrumpió en el salón Indiana, que desbarató una jugada de su padre, pues le dio un empujoncito al taco.

El señor Stillwater simuló un serio enfado, pero Indiana, adivinando lo que quería, le hizo algunos mimos, y asunto concluido.

Después, Indiana saludó a Lord Stafford, y jugó una vez por él, muy bien por cierto.

Luego vió a su mamá, y le echó los brazos al cuello.

—Hola, querida Belita! ¡No te he visto desde la merienda! ¡Ay! Se me desató el lazo del zapato. ¡Quieres hacerme el favor, mamá, de arreglármelo?

La señora Stillwater hincó las rodillas en el

suelo, y complació a su exageradamente mimada hija.

Los huéspedes ingleses habían visto esta cosa, y muchas veces temieron no poder reprimir una frasecita indirecta para los tolerantes padres. Pero la prudencia, esa enemiga de la franqueza, les impidió hacer comentarios...

Gervasio no pudo esperar más tiempo para



El señor Stillwater simuló un serio enfado, pero Indiana...

declarar su amor a Indiana, y aquel día, en la terraza de su casa, le habló de su pasión.

Ella le escuchó fríamente, y le respondió:

—No, querido Gervasio... Yo debo casarme

con un hombre del gran mundo. Tú no has adquirido las mejoras modernas.

—Yo accedería a tus menores deseos, Indiana... ¡hasta a tus caprichos!

—¿Lo ves? A todos les encantan mis defectos, y eso es lo que me irrita. Si encontrara un hombre que los hallase censurables y tratase de corregirlos...

—No seas así, Indiana... ¿Es qué no puedes amarme?

—Te juro, Gervasio, que te quiero con todo mi corazón... como a un hermano. Pero una muchacha no puede casarse con su hermano, ¿verdad?

Es cierto, Indiana, y en este caso ya no debo insistir. Seguiremos siendo los buenos amigos de siempre.

—Gracias, Gervasio... No esperaba menos de ti.

Entretanto, en la casa, el vizconde Canning le decía al padre de Indiana:

—Señor Stillwater, he visto con admiración el equilibrio que reina en su casa americana. ¿Cómo consigue usted tan deliciosa armonía?

—Es sencillísimo. Nunca voy contra las mujeres, y así no pueden reñir conmigo. Y si ellas discuten entre sí, doy a todas la razón... pero a cada una por separado.

—Yo quisiera hablarle a usted de un asunto muy serio. Se trata de su hija...

—¿De mi hija? ¿Tiene usted alguna queja que formular en contra de su carácter?

—Nada de eso. Yo amo a la señora Indiana. Si pudiera hacerla formal para conmigo... ¿se opondrían ustedes?

—¡Caramba! Eso sí que no lo esperaba yo... Reflexione... tome mi consejo, amigo Canning... y no se case con mi hija. Saldrá usted ganando.

—No lo creo yo así.

—La hemos echado a perder terriblemente, no lo dude.

—Se pueda enmendar a fuerza de buena voluntad.

—¡Ah! Pero no crea usted que sus defectos son tan graves. Ninguna hay más amable... si se la estudia a fondo. Pero reflexione... y ya volveremos a hablar de este asunto.

Mientras el padre y el pretendiente de Indiana hablaban de ella, Lord Stafford y la abuela con ribetes de doncella, platicaban la mar de contentos y muy juntitos, como si fueran un par de palominos.

Algo se resistió el Lord a dejarse seducir por la vieja amiga, pero al fin, para pasar el rato, la abuelita no estaba del todo mal.

Indiana sorprendió una vez a Lord Stafford mofándose de la abuelita, sin que la interesada lo comprendiera, y le objetó, conteniéndose la risa:

—No se burle de las afecciones jóvenes de mi abuela, señor. Mire que Dios lo puede castigar.

—¡Qué graciosa es Indiana, verdad Lord

Stafford?—dijo, por hablar, la niña de 60 años.

—Como usted, señora Carlota.

—¡Ay, Lord Stafford, qué galantes son ustedes los ingleses!

—No todos, señora, no todos...

—¿Los sastres no, eh? ¿Qué ocurrencia!

Tiene usted un entendimiento despejado.



—¡Ay, Lord Stafford, qué galantes son ustedes los ingleses!

simo.

—¡Oh, eso es de nacimiento!

Un criado anunció que la cena estaba servida, y la vejestoria pareja obedeció, como todos los demás, a la orden imperiosa del estómago.

Cuando llegó la noche, el señor Stillwater y el vizconde Canning volvieron a hablar del asunto que dejaron en suspenso unas horas antes.

El padre de la interesada terminó por decir:

—Después de todo ¿por qué voy a oponerme a que se casen? Yo no tendré que vivir con ustedes.

—Realmente... no hay absoluta necesidad de ello —contestóle Canning.

—¿Pero usted sabe ya si ella aceptará?...

—Le hablaré esta misma noche.

• • •

En el jardín, plateado por la luna.

Indiana se mecía en un columpio.

Canning se le acercó y, con voz queda, le dijo:

—Indiana... Deseo hablar a usted de un asunto en que está seriamente interesado mi corazón.

—¿Su corazón?—repitió ella, mirando a Canning, y, comprendiendo, añadió—: Usted no me conoce bien, señor Canning... Tengo muchos defectos.

—No serán tantos...

—Estoy habituada a imponer mis caprichos, que son más de los que usted pueda figurarse... Soy irascible, soy vengativa, soy rencorosa...

—Pero después siente usted pesar de ser así y experimenta un arrepentimiento sincero. ¿no es cierto?

—En efecto...

—Yo la conozco a usted, Indiana. Usted tiene todas las imperfecciones que la harían encantadora para un amante, todas las virtudes que la harían divina para un marido. Yo la amo sinceramente, Indiana. ¿Quiere usted hacerme el honor de ser mi esposa?

—Señor Canning... esto ha sido tan rápido...

—Ya se le podía usted pensar. Mis ojos le han revelado mi amor antes de ahora. Yo tengo la pretensión de que será usted completamente feliz a mi lado. Dígame, mi buena Indiana, ¿acepta mi cariño?

—No sé..., Rodolfo..., pero tengo una condición que imponer.

—¿Cuál?

—Prométame que cuando yo quiera hacer mi capricho en cosas perjudiciales para mí, por mucho que usted me quiera no cederá.

—¡No cederé, se lo prometo!

—Entonces... será su esposa.

—¡Gracias, Indiana mía!

Los padres de la prometida recibieron encantados la noticia de su consentimiento en casarse con Canning, y la abuelita tuvo envidia de la suerte de su nieta, pues ella también había preguntado a Lord Stafford *por qué no se casaba*, pero él se hizo el "sueco".

Si bien a la familia Stillwater la nueva del enlace de Indiana con el Vizconde agradó, no sucedió lo propio en Lord Stafford, que dijo, a solas, a su sobrino:

—¿Qué vas a hacer, Rodolfo? Prometi a tu madre mirar por ti y este es un caso de insensatez que no tiene ejemplo. Esa chica es salvaje, indómita... ¡Figúrate que llama "Belita"!



—¿Quiere hacerme el honor de ser mi esposa?

a su madre!

—Ésas son pequeñerías, tío.

—¡Piénsalo mucho y después... no te cases!
¿Crees que podrían vivir tu madre y ella bajo un mismo techo?

—Sí, tío, sí; yo me encargo de armonizarlo todo.

.....
Allende el mar, en un aristocrático rincón de Londres, estaba la casa solariega de los Canning, en la que vivieron y murieron sus ascendientes desde hacía tres centurias.

Era la señora Canning, madre de Rodolfo, una dama de la nobleza inglesa que profesaba culto reverente a los viejos principios.

Un solo criado había en la casa, y éste llamábase Jennings; era también de la antigua escuela, y su leal afecto a los señores le retenían en la casa desde hacía sesenta años.

La señora Canning recibió esta carta de su hijo:

"Querida mamá:

"Me embarco para esa adonde llegaré el jueves 18... y llevo una gran sorpresa para ti.

"Acabo de casarme con la señorita Indiana Stillwater, hija de un caballero americano. Estoy seguro de que serás feliz al lado de tan encantadora criatura."

A la extrañeza que le causó la noticia de su hijo, se añadió la desagradable visión de su nuera, a través de su fantasía.

Suponía, nada menos, que Indiana era una cow-boy, que amestraba potros salvajes y hacía la guerra a los indios.

Por eso, inquieta, exclamó, llevándose las manos a la cabeza:

—¡Mi hijo!... ¡El hijo de mi alma, casado con una de esas americanas de película!

Y el jueves 18 según tenía anunciado Rodolfo, llegaba éste a Londres con su esposa.

—Nuestra casa podrá parecerte algo quieta los primeros días; pero no tardarás a acostumbrarte a este grato sosiego—le advirtió Rodolfo a Indiana.

—O la casa se acostumbrará a mí, porque yo le daré animación y alegría—respondió la recién desposada.

Pero no contaba con la proverbial seriedad de su mamá política, que la decepcionó notablemente, a causa del recibimiento que le dispensó, algo seco, aunque cariñoso, tal vez producido por el examen de su persona, para determinar a qué categoría de mujer americana pertenecía.

—Bienvenida, hija mía, a la casa de los Canning—le dijo solamente. Y, para poder hablar a solas con su hijo, añadió a Indiana:

—Esta es Jacoba, la doncella, que acompañará a usted a su habitación.

Indiana siguió a la sirviente. Y como ésta entrara en una habitación, para dejar unas maletas, iba a imitarla, pero la doncella le dijo:

—Perdón... Ése es el dormitorio de su señoría el Vizconde, mi señora. El suyo, es el de enfrente.

¿Dos dormitorios?—pensaba Indiana con desconcierto. ¿Qué rigidez había en aquella casa!! ¿Podría ella amoldarse al nuevo ambiente?...

Momentos antes de la hora de la cena, India-

na, ataviada con vistosa "toilette", reapareció ante la señora Canning y Rodolfo, sonriendo a éste con la idea de que la encontraría muy atractiva.

Rodolfo conversaba con su madre, y su esposa cometió la indelicadeza de interrumpir la conversación para saludarles.

La señora Canning, mirándola de pies a ca-



—*Bienvenida, hija mía, a la casa de los Canning.* beza, le dijo:

—Debo advertir a usted, jovencita, que...

Indiana comparó en este momento a su madre política con su abuelita alegre como un cascabel, y no pudo menos de interrumpir a la primera para decirle en confianza:

—¡Oh, señora Canning! ¡Algo daría por que conociese a mi abuela!

La severa dama no comprendió la exclamación de Indiana, ni le interesaba comprenderla. Lo que sí tenía para ella valor, era la indecidez de su niera en interrumpirla por dos veces. Y, con cierto enfado, le manifestó:

—Cuando usted me interrumpió, iba a decirle que considero su vestido demasiado... demasiado moderno para una mujer casada.

* * *

En los días que siguieron, Indiana se propuso deliberadamente conquistar el corazón de la señora Canning, accediendo a todos sus deseos.

Lo primero que hizo fue vestirse a gusto de ella, cubriéndose completamente, con vestidos sencillísimos, el cuello, el escote, los brazos y las piernas. Con todo, le dio aún las gracias, para que estuviera contenta.

—Le estoy reconociendo, señora: a no ser por usted no sabría el verdadero gusto inglés en la selección del vestido.

Así, engañada por Indiana, la señora Canning era feliz. Prueba de ello esta frase a su hijo:

—Indiana ha sido una sorpresa para mí. Tiene un aire de distinción y una figura de modales, que encantó.

—Pero cuando Rodolfo e Indiana estuvieron solos, ésta le invitó a que la mirara por todos los lados, y le dijo:

—Todo ello lo debo a la provechosa influencia de tu mamá. ¡Oh, es terrible! ¿Verdad Rodolfo?

—Te encuentro muy bien...

—¿Me está ahora permitido ser natural si quiera por unos momentos?



—Cuando usted me interrumpió, iba a decirle que considero su vestido...

—¿Y por qué no eres natural con mi madre? Me apena ver la comedia que ante ella estás representando.

—¿De modo, que me estás riendo?

—No puedes negarme que lo hago con toda razón. No deben hacerse las cosas por fuerza, sino con el convencimiento de que deben reportar algo bueno. Lo que tú haces con mi madre, no está bien.

Esta actitud del marido despertó en Indiana a la chica voluntariosa y rebelde criada bajo la ley de su capricho, y surgió la primera disputa —ciertamente peligrosa— del matrimonio.

Rodolfo, enérgico y dispuesto, aparte de su amor inmenso por su esposa, a domar a la fierrecilla, a trueque de proporcionarse disgustos a sí mismo, le amenazó con abandonarla por una temporada si no renunciaba en el acto a ovidarse de lo que había sido con sus padres, para convertirse en mujer de hogar.

La amenaza estaba escrita en la siguiente carta:

"...Lord North me dice que confía en que usted cambie de criterio y se decida a guiar a la Real Sociedad Geográfica en su proyectada expedición al Polo Sur. El cree que ningún otro puede realizar este empeño como usted, y espera sus noticias sobre el particular."

Indiana leyó esa nota, y se apoderó de ella un gran temor.

—¡Tú no irás, Rodolfo! ¡Tú no irás!—exclamó, dominándose instantáneamente, y suplicante.

—Te quiero como nunca quise a nadie, pero es preciso que sepas mantener vivo en mí ese sentimiento que hoy llena mi vida.

—Sí, Rodolfo, sí; perdona mis estúpidos arrebatos.

... ..
Pero llegó un domingo fúnebre; un día que quiso hacer el destino inolvidable.

Inopinadamente, Lord Stafford, el viejo alegre, llamó a la puerta de la casa de los Canning.

Le abrió Jennings.

—¡Oh, señor, nadie le esperaba a usted!

—Ya lo sé, Jennings. He desembarcado esta mañana, procedente de América. ¿Cómo están todos aquí? ¿Y qué te parece tu joven señora?

—Su joven señora es un ángel, mi señor.

—¿Un ángel? ¡Demonio, qué cambio! ¿Están en casa los señores? Avisas a mi sobrino y luego a los demás.

—En seguida, mi señor.

Rodolfo, así como su madre e Indiana, se alegraron del regreso del campechano célibe.

Pero no llegaba él solo; véase lo que dijo a su sobrino:

—Voy a confarte un pequeño secreto, Rodolfo. La familia de Indiana viene conmigo en el mismo vapor.

—¿Qué dices? ¿Toda la familia?

—Sí, señor, todo el varrino, como decimos allá en los Estados. Dentro de pocos minutos darán a Indiana una sorpresa.

—¿Qué ocurrencia! ¿De modo, que la abuela también?

—¡Claro, hombre!

—¡Vaya una ocurrencia que han tenido!

—Cállate. Aquí llegan tu madre y tu mujer.

—¡Créame, Indiana! ¡Mi palabra de que usted ha cambiado!—le dijo Lord Stafford al verla.

A poco, Jennings entregaba a la señora Canning una tarjeta del padre de Indiana.

Acababa de llegar con su esposa y su madre, ésta emperifollada según costumbre.

La señora Canning, ante la alegría que experimentaba Indiana porque iba a ver a los suyos, mostróse también muy satisfecha de su visita, y dijo:

—Ve, Indiana, a recibir a tu familia. Pasad al salón. Luego iré yo con Rodolfo. Ha sido esto tan repentino, tan impensado... Voy a arregiarme un poco. Tus papás, Indiana, y tu abuela, principalmente, en razón de su respetable edad, merecer ser tratados con toda consideración.

—¡Hola, Indiana!

—¡Hija mía!

—¡Nieta de mi alma!

—¡Hola, a todos! ¡Qué sorpresa me habéis dado! No quepo en mi cuerpo de gozo.

—Nosotros dijimos: "Vamos a ver lo que hace Indiana", y aquí nos tienes a todos. Hasta Cervasio nos ha acompañado—dijo el padre.

—La casa no está mal—opinó la abuela curioseando con sus ojos.

V la madre:

—¡Parece triste. Hasta tú, hija, diríase que no osas levantar la voz.

Jennings apareció:

—¿Le gustaría a su joven señora que se sirviese el té aquí?—preguntó a Indiana.

—Sí, aquí mismo estamos bien.

Marchóse el criado para hacer el servicio, e Indiana habló de él a los suyos:

—Éste es Jennings. Ha sido mayordomo en nuestra familia toda la vida.

—¡Bah! Falta de estímulo, de ambición noble—reconoció el señor Stillwater.

—Hemos vivido exactamente lo mismo durante los últimos cuatrocientos años, papá querido.

Pero Indianita... Deja ya ese acento inglés, que es bastante afectado—le objetó su madre.

Aquí aparecieron Rodolfo con su madre y su tío. Este se apresuró a mostrarse galante con la abuela.

Indiana presentó su familia a la noble dama, y la severa aristócrata pasmóse cuando vió a la abuela, en cuyo rostro ya no habían más afeites.

—¿Que es tu abuela dices?—preguntó discretamente a Indiana.

Ésta, en presencia de su madre política adquirió otro timbre de voz y adoptó mucha moderación en sus gestos.

—¿Qué ocurre? Pareces completamente otra—le dijo su madre intrigada.

Indiana no contestó.

Jennings depositó el servicio de té encima de una mesita y sirvió la infusión.

La abuela gastó una broma a la noble dama a propósito de Lord Stafford:

—Señora Canning, yo no daría albergue a solteros viejos. Tratarase de un hermano mío, y aun así le negaría mi hogar. Tendría que casarse si quisiera un refugio.

Lord Stafford comprendió la indirecta, pero él seguía haciéndose el "sueco".

En cuanto a la señora Canning, no se quitaba de la cabeza la reflexión de cómo era posible que una señora tan vieja tuviera los sesos tan enfermos como la coquetona abuela.

La madre de Indiana dijo a su vez a la suegra de su hija, acerca de ésta:

—La encuentro un poco pálida; pero eso será porque estaba acostumbrada a corretear al aire libre, y ahora...

Indiana creyó oportuno interrumpir a su madre, y le preguntó:

—¿No tomas azúcar, mamá?

—Ya me lo pondré yo. De mí no te preocupes.

—Indiana hace siempre su deber como señora de la casa—intervino la señora Canning.

Y la madre de aquella dijo a la suegra:

—Tiene usted que hacer algunas concesiones a Indiana si quiere entenderse bien con ella.

La señora Canning apuró el té, y con suma discreción y amabilidad, dijo a su nuera, a quien apreciaba extraordinariamente:

—Perdóname, Indiana... Pero comprendo que tendrás muchas cosas que decir a tu familia.

—Nada de importancia, señora... Usted puede perfectamente quedarse con nosotros.

—Se agradece... pero tengo algo ahí dentro que irá preparando. Tanto gusto, señoras... caballeros... Ya saben ustedes dónde está su casa... y una amiga más: ¿Y cuándo vendrán ustedes a cenar con nosotros?

—¡Oh! El día menos pensado nos tendrá usted aquí—respondió la abuela haciendo monerías.

Marcháronse del salón Rodolfo y su madre, y apenas se encontraron en otra pieza, exclamó:

—¡Qué abuela, Rodolfo!... ¡¡Qué abuela!!

—Éstá enferma, madre. Le faltan varios tornillos.

—¿Y has visto a tu tío haciéndole la corte?

—Al tío le sucede tres cuartos de lo mismo.

—¿Qué cosas se ven, hijo!

Entretanto, Indiana conversaba con sus padres, y la abuela con Lord Stafford, por separado.

—Queremos que tú y tu marido paséis la noche con nosotros en la ciudad—le dijo a Indiana su padre.

—A mí me gustaría; pero Rodolfo no es partidario de salir los domingos por la noche. Desde luego yo le consultaré, aunque...

—¿Consultarle? Jamás se te ocurrió pedir permiso a nadie cuando quisiste hacer algo, por disparejado que fuese—dijo la madre.

—Pero ahora sí, mamá, debo hacerlo.

—¡Pensar que hayas llegado a esto!... ¡Tú sí que nos has dado una sorpresa increíble! Eres como una esclava, ¿no es eso? ¡Oh, qué dolor!

—No llores, Belita... No soy ninguna esclava, ni mucho menos... Aunque Rodolfo no quiera ir, iré yo.

—¡Al fin te reconozco, hija mía! Tení que ya no significábamos nada para ti.

Indiana habló luego del deseo de su familia —cuando ésta se había marchado al hotel donde se hospedaba— con su esposo.

—Quieren que pasemos la noche con ellos. Tienen ya trazado su programa.

—Siento contrariarte, Indiana. Eso está bien para visitantes; pero Londres es nuestra casa... y tú eres la señora Canning. No quiero que seas vista en domingo en un sitio público.

—Pero yo quiero ir ¿sabes?

—No puede ser.

—¡Yo quiero ir!

—¿Te acuerdas de la promesa que te hice antes de casarnos de que cuando intentases hacer algo inconveniente para ti no cedería?

Indiana callóse y no se habló más del asunto. Pero, aunque Indiana había desistido moralmente de su proyecto, cuando vino la noche, Gervasio llegó a su casa, fué introducido cerca de ella, y le notificó:

—Tu familia me ha mandado que venga por ti.

—No puedo ir... Mi marido no me deja.

—¡Pero Indiana! Nadie creería que tú fuiste alguna vez una muchacha americana.

Aricateada por el recuerdo del pasado, Indiana tuvo un arranque de soberbia, y contestó a Gervasio:

—¡Voy a demostrarte que lo fui y lo seré siempre! ¡Espera!

Y apresuradamente preparóse para seguir a Gervasio.

Lo primero que desatendió Indiana fué el "gusto inglés" impuesto a su indumentaria por la madre de Rodolfo.

Al marcharse aquéllos, Rodolfo y Lord Stafford los vieron, y éste dijo a su sobrino:

—El criterio más prudente y más práctico es dejarlas siempre que hagan su gusto.

Pero Rodolfo, enérgico y entero, le respondió:

—Yo he tomado ya una actitud, y debo sostenerme en ella. Y eso que, en el fondo, no me importaría ceder.

Salida Indiana de su casa, con el amigo, Rodolfo leyó la nota que ella le dejara escrita, y que decía:

"Querido esposo:

"He decidido cenar con mis padres. Te ruego que vengas por mí a las diez.

"Indiana."

—¿Qué piensas hacer, querido sobrino?—inquirió el tío.

—No lo he resuelto todavía. Sólo sé que no iré por ella... ¡ocurra lo que ocurra!

La cena, y después de la misma.

Un cronista veraz, aun conociendo el carácter bullicioso de Indiana, no podría afirmar que ella fué "el alma de la reunión" aquella noche.

Las diez habían dado ya hacia un rato, y Rodolfo no diera señales de vida.

Los padres de Indiana y la abuela vieron que la niña se ponía nerviosa, y el señor Stillwater le dijo, temeroso de que ocurriese algo entre ella y Rodolfo.

—Lo mejor será que me dejes acompañarte a tu casa, cielito. Se va haciendo tarde.

—No iré a casa mientras él no venga por mí —replicó Indiana.

—Voy a preguntar a qué hora salió... Oiga, oiga... ¿Es Rodolfo? Aquí, el padre de Indiana. Mi hija le está esperando a usted. ¿Cómo? Oiga, ella dice que no volverá a casa hasta que usted venga por ella. Este es su ultimatum.

Desde el otro extremo del hilo, Rodolfo respondió:

—Y el mío es el de que mi casa se cierra a las doce en punto. Si ella no ha vuelto para esa hora, las puertas permanecerán cerradas toda la noche.

Y no dijo más, colgando el auricular tras

breve saludo al señor Stillwater, quien comunicó a su hija:

—Me ha dicho que, si no estás en casa a las doce, te quedarás esta noche en la calle.

—Está bien —dijo Indiana, excitada.

En aquel momento, Rodolfo decía a Jennings:

—La señora tal vez pase la noche con sus padres. Si a las doce no está aquí, cierra la casa



—No iré a casa mientras él no venga por mí.

como de costumbre.

Los padres de Indiana se ponían también cada vez más nerviosos, y no cesaban de fogar a la rebelde—ciertamente por su culpa—que volviese a su casa, pero todo intento resultó inútil.

Ella se había prometido no irse mientras Rodolfo no fuera a buscarla.

La señora Canning regresaba a su hogar en aquellos instantes de angustia para Rodolfo, a quien dijo:

—Vengo de casa de los Fitzgerald. Indiana se ha acostado. ¿verdad? Jennings me ha dicho que tenía dolor de cabeza. ¡Pobrecita! Entraré a besarla y a darle las buenas noches.

Rodolfo logró disuadir a su madre de su pretensión, pretextando que acababa de ver a su esposa durmiendo profundamente.

Mintió por evitar a la buena señora el disgusto por el que él pasaba.

Gervasio se reunía con sus amigos cuando más inquietos estaban todos, y sin pensar en la consecuencia que podía tener, hizo a Indiana la siguiente objeción:

—Mientras te vestías para venir conmigo, Indiana, pensaba que tu marido tenía razón en no querer que salieras. Yo, en su lugar tampoco te hubiera dejado. Nada puede justificar que una mujer trasnoche así. Vuelve a tu casa, que es donde debes estar.

Indiana, no pudiendo soportar más consejos, explotó:

—¡Ya veo que todos vais contra mí, que os molesta mi presencia! Perfectamente. ¡Me iré a otro hotel!

—¡Indiana! —gritó su padre.

—Soy dueña de mis actos. Ya sé lo que debo hacer.

—No cometas una tontería!

—¡Dejadme en paz!

Indiana salió a la calle y se metió en un auto.

—Al Ritz—ordenó, más, de pronto, vencida por la reflexión, corrigió: ¡A la casa Canning, en seguida!

Al sonar las doce, Rodolfo verificó el mismo que Jennings obedecía su mandato de cerrar la puerta de la casa, muy a pesar suyo.

Unos minutos después, llegaba Indiana frente a su hogar, llamó, pero aunque a Jennings se le iba la mano con la llave para abrir a su joven señora, Rodolfo se lo prohibió con amenaza de despedirlo en el acto a pesar del afecto que le tenía.

Luego, Rodolfo se retiró a la biblioteca, decidido a mostrarse inflexible de una vez para siempre.

El criado, compadecido de Indiana, obedeció a su modo, pues no abrió la puerta, sino que le indicó que podía entrar en la casa por una de las ventanas que daban al jardín, y cuya altura del suelo no excedía de medio metro.

Rodolfo no pudo descargar su despocho contra Jennings, por haber desacatado su orden, pues Indiana, al verle, le reprochó airada:

—¡Me has dejado en la calle!... ¡Me oíste llamar y permaneciste sordo e indiferente! Querías echarme al arroyo, como a un perro... ¡A mí! ¡A tu mujer!

—No puedes quejarte, porque te avisé previamente. Ya no eres una niña. Te engañas si piensas que voy a ser víctima de tus caprichos.

—Eres un tirano! Siento haberme casado contigo... ¡Ah, si pudiera divorciarme en este momento!

Ante esta frase de su esposa, Rodolfo le cerró la puerta de su habitación, y quedóse Indiana



...Luego, Rodolfo se retiró a la biblioteca, decidido a mostrarse inflexible.

llorando de rabia en el saloncito que separaba sus habitaciones de las de su marido.

El dolor cerró los ojos de Indiana, que durmió plácidamente, mientras que Rodolfo, no obstante

su implacable seriedad, no durmió en toda la noche.

Al día siguiente, Jennings sirvió el desayuno a Indiana, ésta lo tomó en buena hora, y al salir su esposo de sus habitaciones escondió los restos de aquél y adoptó en su semblante un rictus de dolor para que Rodolfo no sospechara su apetito y se apiadara de ella.



...y adoptó en su semblante un rictus de dolor...

Mas he aquí lo que su esposo le dijo:

En seguida volverás a América con tus padres en viaje de placer... Yo iré preparando lentamente el ánimo de mi madre para que re-

ciba sin gran impresión la noticia de que no regresas más. Si tú me amases realmente, otra sería mi decisión; pero sólo has aprendido a quererte a ti misma.

Indiana se arrepentía cada vez más de su locura de la vispera.

Anhelante de saber qué había ocurrido, la familia de Indiana presentóse en casa de Canning a primera hora.

Rodolfo dijo al señor Stillwater:

—Estoy preparando un viaje con fines científicos, que me tendrá largo tiempo fuera de Inglaterra... y a su hija le gustaría irse a vivir con ustedes mientras termina mi misión.

El padre de Indiana no adivinó en toda su importancia el motivo del viaje de Rodolfo, y como a su esposa y a la abuela—que seguía coqueteando con el tío—le alegró la noticia.

Indiana no participaba de esa alegría y reprochó a los suyos su falta de energía para obligarla, la noche anterior, a volver a casa a tiempo de evitar un disgusto con Rodolfo.

A donde pensaban ir desde Nueva York los Stillwater, era a París.

El padre de Indiana se encargaría de sacarle el pasaje a su hija.

El señor Stafford, por su parte, le decía a la abuela:

—Pienso que no estaría mal del todo acompañar a ustedes a París. ¿Y usted no cree lo mismo?

—Para mí es siempre atendible su parecer. ¡Eh! ¿Qué hace usted, Lord Stafford?

—¡Abrazarla!

—¡Oh, qué atrevido!

—Esto no es pecar... ¿Le doy un beso?

—¡Ay, no! Ahora, no. En París está de moda... pero aquí no. ¡Oh, me ruboricé toda!

No bien se hubieron marchado los Stillwater de su casa, Rodolfo anunció a su madre:

—Mamá: he escrito una carta a la Sociedad Geográfica aceptando la dirección de su viaje al Polo.

—¿De veras nos abandonarás a tu esposa y a mí?

—Sí, madre, he de hacerlo...

La señora Canning se avistó con Indiana.

—No debes permitir a Rodolfo hacer esa insensata excursión al Polo. Niegue tu consentimiento. Aprende a imponerte de una vez para siempre.

—¿Imponerme yo? ¿De ningún modo! Rodolfo es mi señor y dueño!

—Has de defenderte a ti misma. ¡Es tu deber!

Rodolfo cambió luego unas palabras con su esposa.

—Bien. ¿Y qué dices?

—Si decidiste marcharte y enviarme a mí con mis padres, convencido de que obras bien, no tengo nada que alegar.

—¿Es que te da lo mismo?

—Tú eres quien manda, Rodolfo.

—Confíe en que tendría fuerza bastante para

conservar tu amor y me engañé. Pero no es tuya la culpa.

—¡Oh, sí, es mía, toda mía la culpa! Tú eres bueno. Yo he sido discolia y perversa para contigo; pero quiero ser buena otra vez... y que hagamos las paces.

Así deseaba yo que me hablastes, Indiana mía. ¡Si yo te quiero tanto! Olvidemos los pa-



—¿Cómo logró usted ese resultado?

sados errores.

—Sí, Rodolfo. Yo también te amo con toda mi alma.

El timbre del teléfono interrumpió la dulce escena de los esposos reconciliados:

Era el señor Stillwater.

—¡Hola, Rodolfo!—dijo a éste, reconociéndole por la voz—. Diga a Indiana que ya he adquirido su billete.

Indiana se puso al aparato para contestar:

—He resuelto no ir... Prefiero quedarme con mi marido.

—¡Demonio de niña caprichosa!—exclamó el padre.

Rodolfo volvió a tomar el auricular, y el señor Stillwater, sonriendo así como su esposa y su madre, le preguntó, no sin cierto asombro:

—¿Cómo logró usted ese resultado?

Y Rodolfo, dichoso y ufano, respondió:

—Me bastó acceder a los deseos de ella, siguiendo el consejo de usted. ¡Muchas gracias!

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO
LA BELLÍSIMA NOVELA

LA MADRECITA

Interpretes principales:

FRANCE OHELIA
RÉGINE DUMIEN
CONSTANT RÉMY

El rollover modista parisino J. PAQUIN, etc.
Sentimental asunto.

Postal-Regalo: RODOLFO VALENTINO

LA NOVELA FILM sale todos los
Martes en toda España

10 fotografías • 40 páginas

Publicación — Selecta — **PRECIO: 30 CTS.**

Colecciones completas y números
sueltos a precios corrientes,
de venta en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A.
BARCELONA, 15-BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todas las Kioscos de España

ÚLTIMO GRAN ÉXITO DE LA
BIBLIOTECA FEMENINA
DE LA
NOVELA FILM

Los Diez Mandamientos

Lo más grandioso que se ha filmado:
Asunto altamente senti-
mental de positivo triunfo

Resonante éxito en el Santísimo
COLISEUM, de Barcelona

112 PÁGINAS 30 FOTOGRAFÍAS
PORTENTOSA TRICROMÍA
PRESENTACIÓN A TODO LUJO

PRECIO: 1 PESETA

Pida esta novela en todos los kioscos
y librerías de España y América. Si
no la encuentra, espere nuestra
reimpresión

Recuerde los anteriores volúmenes de
esta Biblioteca

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO
LA MADONA DE LAS ROSAS

• NUMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Ganges o Gente brava	El joven Vedardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Andra
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Las cruces juntas del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las aguas de los hombres buenos	Violetas Imperiales
6	Doring, El Negro	Nary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Moighan
8	Hellotrope	Rebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Leon
10	Por la puerta de servicio	Erhol Clayton
11	Marmuración	Charles Ray
12	El Indemado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Patty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Ludenne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De Borista a millonario	Dustin Farnum
20	El Crimen del Milafours Palace	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Habel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	Valiente Luna de miel	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Polla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odetta (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del Abismo	Georges Riscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El Caballo de Carreras	Douglas Fairbanks
32	No Señor y Bueno	Constante Talmadge

